

EL REDESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA EN EL NUEVO MILENIO: ¿Y SI LOS MEXICANOS FUÉRAMOS MUCHO MÁS “INDIOS”, “NEGROS”, RACISTAS, Y COLONIZADOS, DE LO QUE PENSAMOS SER, CÓMO AFECTARÍA ESTO LA DEFENSA DE LOS PUEBLOS INDIOS Y DEL PAÍS?

Pablo GONZÁLEZ CASANOVA HENRÍQUEZ*

SUMARIO: I. *Introducción*. II. *Antecedentes*. III. *Metodología*. IV. *Resultados*. V. *Discusión*. VI. *Primera hipótesis*. VII. *Segunda hipótesis*. VIII. *Bibliografía*.

I. INTRODUCCIÓN

Ante el resurgimiento universal indígena de los años noventa, posterior a otros resurgimientos consecutivos a luchas por la independencia nacional y la insurgencia del socialismo en muchos países del hasta ahora llamado Tercer Mundo, en las tres décadas previas, y su descolonización que contempló y aun gestionó la propia Organización de las Naciones Unidas (ONU); y ahora apenas, desde 1994, ante el renacimiento de los indios de Chiapas y de su Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), y mientras esa entidad federativa continúa militarizada, sin visos de respuesta a lo ya signado por el gobierno y en severo riesgo de desquiciamiento social generalizado y de más guerra de baja intensidad, GBI, se plantea la *Declaración Americana sobre los Derechos de los Pueblos Indígenas*, que va de la ONU a la OEA, la autodenominada Organización de los Estados Americanos.

Es necesario recordar entonces que los indígenas, o pueblos indígenas, apenas fueron mencionados en las declaraciones de los derechos hu-

* Investigador y director (1991-1998) del Centro de Investigaciones Humanísticas de Mesoamérica y el Estado de Chiapas.

manos hasta los años ochenta; y que si estuvieron ausentes, cuantimás lo estuvo su *condición colonial*: la que viven los pueblos indios. Llama la atención que las palabras “colonialismo” y “neocolonialismo” *no aparecen* en los textos de las dos declaraciones, la universal y la americana.

Esto es obligado corregirlo, y se debe además incluir, por lo menos, tres o cuatro niveles más de causación, y no sólo uno:

a) el colonialismo, llamado “interno”, de los propios pueblos indios, como violencia directa fácilmente visible;

b) el colonialismo, que podría llamarse “intermedio”, o de la población autoconcebida como “no india” o “mestiza”. Ésta, inmersa en el racismo y en las identidades falaces, colonialmente impuestas, reproduce la marginación y discriminación “anti-india”; como violencia no evidente;

c) el colonialismo del país entero conocido como “neocolonialismo” hoy casi “uninacional” (estadounidense para México), al menos de toda la segunda mitad del siglo XX (LEYS, 1970), y

d) el “colonialismo global” llamado proceso de transnacionalización y globalización neoliberal del mercado, que ha crecido desde los años setenta.¹

Estos últimos, c) y d) son violencias veladas, difíciles de percibir, incluso por muchos analistas.

Son estos contextos en torno a los pueblos indios los que se pretende abordar en este trabajo, y los de la colonización mental asociada con cada uno y los estragos causados y vigentes todavía, en los países emergentes y dominados durante siglos de colonización directa imperial.

Se busca aquí distinguir mecanismos causales engendrados en la historia colonial y neocolonial actual, en las formas de desarrollo de los pueblos, en particular de los llamados “indios” y los llamados “no indios”. Es preciso entender más, asimismo, el proceso inmenso de su descolonización y rehumanización, el reconocimiento de los derechos colectivos y no solo de los individuales, el de los derechos culturales y sociales de los pueblos.

Se trata de percibir cómo dicho proceso de hecho atañe a la humanidad entera, pues la descolonización libera por igual al esclavizador que al esclavo, y la sociedad hegemónica, aun colonialista, mucho tiene que

1 González Casanova, Pablo, “Todos somos indios”, *México, un país mas indígena con un racismo colonial (proyecciones de población y correlaciones entre desnutrición, marginación e indianidad)*, Revista CIHMECH, CIHMECH-UNAM, San Cristóbal Las Casas, Chiapas, 1996, vol 3, núms. 1 y 2.

aprender de las culturas y pueblos dominados en todo lo que se refiere al humanismo y al cuidado del mundo y el ecosistema.

El *humanismo mesoamericano*, por ejemplo, no sólo concibe a lo humano sino a lo natural: es cosmocéntrico, antes que antropocéntrico. Es un aporte actual importante para la humanidad. Es fácil descubrir que, como otros sistemas antiguos del género humano, no ubica al hombre en el centro del mundo, no somete a la naturaleza, sino se propone servir al cosmos: es un concepto más extenso que incluye a la naturaleza entera. Es el caso de Mesoamérica, la América Andina, la parte no feudal de África, Asia, y en general los pueblos originarios. Debe comprenderse y examinarse cómo los pueblos de Chiapas que han decidido participar en procesos aparentemente inversos a los de Centroamérica, que hoy van de lo militar a lo político, y parecen ir también de lo cultural a lo religioso y filosófico mesoamericano, en donde esto último aporta, dentro de los pueblos indios en particular, la percepción y las prácticas sanas humanistas y las que podrían llamarse “ecologistas” o con respecto a la naturaleza.

Éstos valores y prácticas, que existen materializados como *práxis*, además, no sólo están circunscritos a los pueblos indios, sino que se encuentran sometidos, olvidados y negados en la memoria entera de todos los pueblos americanos: que es la única, vasta y milenaria, memoria de América.

II. ANTECEDENTES

¿Por qué padecen racismo y extorsión, exclusión y rechazo, agresiones verbales, psicológicas y físicas, bloqueo económico, cultural, laboral, social, falta de acceso a la educación, al descanso, a la recreación; desnutrición y hambre, enfermedades prevenibles por vacunación, enfermedades llamadas “tropicales” (en sí varias de ellas “coloniales”) y muchas otras en mayor cuantía también controlables cuando se quiere; y violencia inmensa, bien y precisamente llamada etnocidio y genocidio, los pueblos indios de México y de América? ¿Es sólo el gobierno en turno, el local, el estatal, el nacional, y el velado pero siempre presente internacional; la estructura del Estado misma; son las castas u oligarquías locales y foráneas; y es también la sociedad entera que los circunda los causantes?

La respuesta a cada una de estas preguntas parece que es en efecto “sí”, y en todos los casos: es la sociedad entera, colonizada, neo y hoy “recolonizada”, es incluso el propio pueblo llamado “no indio” e indivi-

duos dentro del llamado “indio”; y son sus colonizadores y neocolonizadores, aun vivos y actuantes, diría no sólo Noam Chomsky acusando a los poderes principales del neoliberalismo y el belicismo en su país, Estados Unidos de América, en su libros *La Conquista continúa* y *Lo que verdaderamente quiere el tío Sam* (1996, 1997).

La solución a este problema en el marco de una “Declaración de los derechos de los pueblos indios” no puede por lo tanto restringirse a declaraciones que omiten la sustancia de la estructura neocolonial imperante, ni a programas políticos paternalistas y por lo tanto, también colonialistas.

Con buenas intenciones sólo declaradas pero en sí estériles y retóricas, no puede ceñirse a los sofocantes indigenismos e indianismos coloniales, oficiales y transnacionales, ni a los “proteccionismos del ambiente” *ecologistas* entre comillas, acuñados en realidad por empleados de las grandes compañías que someten al mundo, como escriben Marcuse y Gortz, en un pequeño libro intitulado *Ecología y revolución* (1970).

Las medidas que las naciones y los pueblos deben tomar y ejercer involucran a la sociedad entera. El esfuerzo es muy grande, desde en el hogar del pequeño burgués o aun del trabajador, cuando se intenta cambiar la situación de los sirvientes o sirvientes que trabajan en su casa; al de los dirigentes, profesionistas y hasta funcionarios, que intentan apoyar a los movimientos indígenas organizados; hasta las relaciones internacionales al menos en el seno de lo que resta del sueño de las Naciones Unidas.

Son *tiempos difíciles* (¡que no sean los de Bertold Brecht! previos a la Segunda Guerra Mundial) aunque dice el subcomandante Marcos que ya ocurrió la Tercera Guerra Mundial (que fue la llamada “Guerra Fría”) y que estamos ya en la Cuarta Guerra Mundial la del neoliberalismo contra la humanidad (1999).

Pero es en estos tiempos difíciles y no en otros, en los que paradójicamente, se encuentra más cerca la esperanza, como ha ocurrido ya, avanzando y retrocediendo, pero al final, espiritual y políticamente venciendo, en los movimientos de descolonización de tres continentes, incluida como ejemplo notable la tierra del Apartheid, donde menos se esperaba un cambio; o Cuba, en América, antigua colonia esclavizada; y aun en los países ricos con minorías oprimidas donde también ocurren cosas sorprendentes; y este mismo país, sobre todo en sus tierras que son dos veces “indígenas”, donde viven los hoy llamados “pueblos indios”: mayas, mixe-zoques, nahuas, otomíes, tarascos, etcétera.

El proceso de descolonización universal en el siglo XX que termina, y el que inicia el siglo XXI, comprende múltiples “rehumanizaciones”, resurgimientos de los condenados de la tierra, de “los más débiles”, de “los más pequeños” como se denominan en este país, en Chiapas, y se extiende a múltiples naciones y al mundo entero, a la humanidad. Y puede y debe llamarse aún *recuperación de la humanidad y por ello mismo descolonización*, a pesar de los cambios recientes, tanto favorables como en extremo adversos en el orden mundial.

Ello aún cuando no se restringe a los países, pueblos y clases pobres y dominados, porque también se descolonizan en última instancia, los restantes, al lograrse dicha rehumanización. Por ello el proceso zapatista en particular despierta simpatía y apoyo en tan diversos medios, como ha ocurrido con otros procesos de emancipación y de verdadera rehumanización.

El fenómeno se aprecia desde en las nuevas formas de expresión en los campesinos, migrantes o no, y en los trabajadores urbanos, en los jóvenes, mujeres, niños y ancianos, que experimentan el reconocimiento de su humanidad, reconstituyen su cara, aun cubierta, reconocen su identidad humana igual a la de cualquiera, se informan y actúan. Se expresa en los nuevos intelectuales orgánicos “indígenas”, que son dirigentes o/y “simples campesinos”, y aun profesionistas “indígenas”, quienes por fin pueden tener acceso a la Universidad, nacional o estatal, incluso al trabajo llamado calificado y liberal; y en toda a una gama de posibilidades que se abren hoy a los pueblos indios.

Las independencias nacionales de las ex colonias, las luchas de emancipación de las semicolonias y neocolonias, y las verdaderas autonomías que los pueblos indios y otros, han construido durante la segunda mitad del siglo XX y siempre, son expresión de ello. Importantes unas y otras cuando se generan y consiguen realmente por las propias naciones, pueblos, organizaciones y hasta individuos, y no se les imponen desde fuera.

Las independencias y las autonomías de las naciones y de los pueblos son así voluntades y luchas que no imponen ni detienen leyes, gobiernos ni políticas, que prescinden de ellos. Por otra parte, es cierto que también, como nunca, aparece un proyecto inverso, de extrema irracionalidad y agresividad, velada y abierta, que sólo los expone al pillaje por las compañías multinacionales y el poder del complejo narco-militar-industrial de hoy.

Esta geopolítica en alguna forma implica mucha fuerza, pero también mucha debilidad, como la suma de designios rapaces y selváticos planificados sólo por empresa, y por ello restringidos, en el marco de una falta completa de planificación más amplia, pues no hay plan posible: ni local, ni regional, ni nacional ni menos universal.

El peligro para la humanidad es real: las compañías y gobiernos que actúan como *invasores del mundo*, neoliberalizado o globalizado, amenazan terminar con la ecología mundial hablando de ecología, como se refirió; y con la independencia y la autonomía de los pueblos, hablando de democracia y de libertad. Imponen ideológicamente la destrucción de las culturas y de las soberanías, pretendiendo defender sociedades pluriculturales, y hablando de una globalización “inevitable”.

Esta última la confunden maliciosamente con la mundialización o el proceso humano, también posible, que describe Mattelart (1996). Ignoran en nuestro medio la resistencia de los pueblos, e incluso de los otros bloques económicos como los asiáticos y europeos.

Pretenden tomar a México y no pueden aún (o no podrán nunca), y menos pueden controlar a China, Japón o a la India, y otros países demasiado poblados o poderosos; y no controlan ni su propia casa, llena de drogas y de armas: son mentirosos, como siempre lo han sido los colonialistas y los neocolonialistas.

Llama la atención, eso sí, que el neocolonialismo ya no requiere de ejércitos ni de banderas coloniales en nuestros países, porque penetra y somete parte de los que aquí tenemos; y en nuestros medios de comunicación y de control ideológico están ya: uno es “el de las estrellas”, y el otro, a pesar de que los aztecas no las empleaban (sino cinco “bolitas” para el número cinco, el “de las barras”, como se aprecia en su emblema: con dos canales se arma la bandera imperial, comprados o controlados más recientemente por la invasión narco imperial neoliberal desde antes de Salinas de Gortari y sus amigos Slim y Salinas Pliego. A lo largo del continente la fórmula es antigua, pues la dominación era imposible sin la colaboración de los locales; lo que cambia es el concepto de Metrópoli que en efecto trasciende los países hegemónicos aunque puede reconocerse el sello sobre todo de uno de ellos. Los pueblos de estos mismos países industrializados resienten también infinitas violencias, empezando por la que les impide pensar y sentir normalmente, y se debaten entre las armas y las drogas, ambos los más poderosos negocios del mundo siendo los más afectados las mujeres y los niños de cada continente.

III. METODOLOGÍA

El enfoque de este estudio parte de métodos restringidos de la epidemiología y no de los de otras disciplinas. La epidemiología “oficial” o “tradicional” no concibe la historia normalmente (rara vez la toma en cuenta): el tiempo para ella es apenas de días, de meses y muy pocas veces de años. La epidemiología crítica sí incursiona en el tiempo histórico² de hecho por obligación, no por accidente, y procura o se propone encontrar las determinantes sociales y económicas de la enfermedad y del hambre en “la línea” y en la causación de la historia. Estudia no sólo la enfermedad y el hambre como procesos sociales, sino busca sus causas y aun cómo transformarlas o detenerlas.

Las procura entonces mediante, al menos, cuatro procedimientos, o dentro de cuatro contextos, de tales causalidades: *a)* el biológico, y demográfico, por ser medida indirecta en este caso del proceso social y de colonización mental; *b)* el social, que incluye el económico-político, y subordinado, el cultural, y *c)* el ideológico, en las relaciones sociales.

Asume o parte del planteamiento teórico-metodológico de la *existencia todavía de una sujeción del país a otros sistemas de poder foráneos*. Tal idea se sustenta en el examen de la historia de México. Es preciso reconocer que el México antiguo, también llamado “indígena” o “indio”, ambas palabras acuñadas seguramente “en el barco”, en efecto tenía pueblos y naciones plenamente independientes. Luego, que desde hace más de quinientos años, la pérdida progresiva de las independencias y autonomías de las naciones y pueblos indios ocurre no sólo durante el periodo llamado “colonial” y “novohispano”, sino durante el subsiguiente, al que se ha llamado (y ha sido en parte, como lucha) “independiente”; luego el “neocolonial”, que como se afirmó, tras un periodo multineocolonial (¿1821?-1945) más recientemente (1945-1999) parece haberse vuelto, ¡y de nuevo! simplemente “colonial” y “unimetroropolitano”, ahora con el país al norte.

En un estudio inicialmente epidemiológico y nutricional, que procuró las determinantes sociales, económicas, epidémicas, políticas y ecológicas del hambre en distintos periodos de la historia de México, se busca-

2 González Casanova Henríquez, Pablo, *Curso de epidemiología crítica*, México, UNAM, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Maestría en sociología, 1978 (inédito).

ron datos confiables (por su constancia), en el tiempo y en el espacio.³ Se preguntó en los tres contextos. Se revisaron datos directos de encuestas nutrioepidemiológicas de muchos autores desde 1955 y de éste entre 1984-1997, fuentes directas e indirectas para datos históricos coloniales, como los cinco censos “raciales”; y se estimaron proyecciones de población con éstos y otros censos mas recientes.⁴

Se calcularon correlaciones paramétricas y no paramétricas entre la nutrición y la “indianidad”, en estadísticas varias disponibles; y con datos económicos oficiales y otros.⁵

Al resumir la información para describir y responder la pregunta ¿qué tan hambriento es México? —que no es el tema directo de esta ponencia— se pretendió responder, o aportar datos para validar como pre hipótesis, otras tres preguntas: 1) ¿Qué tan racista es México?; 2) ¿qué tan “indígena” u “originario”? (en un sentido biológico del genoma, por tanto no la “raza”, racista), y por el tiempo derivado de residencia en América, de lo cultural, y 3) ¿qué tan colonial o colonizado? Y todo, en la actualidad.

Se presentan a continuación datos cuantitativos que se consideran interesantes para intentar responderlas.

IV. RESULTADOS

1. *¿Qué tan racista es México?*

La epidemiología y la medicina social se han dedicado durante décadas a demostrar la marginación, el hambre, la desnutrición entre los llamados indígenas al compararlos con los llamados no indígenas. Por otra parte, se han estudiado matemáticamente: se demuestran correlaciones estadísticas, tanto paramétricas como no paramétricas, entre la presencia de la población llamada “indígena”, o los “pueblos indios” y la marginación, la desnutrición y el hambre. Los mapas de la indianidad y los de la

3 González Casanova, Pablo, *Historia del hambre en México*, México, Instituto Nacional de la Nutrición, 1988, vol 1, y del mismo autor, *Colonialismo global*, Río de Janeiro, Editorial Civilizaçao Brasileira, 1996.

4 Aguirre Beltrán, Gonzalo, *La población negra de México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1970; Castro Aranda, Hugo, *Primer Censo de la Nueva España. Censo de Revillagigedo 1790-1794*, México, Archivo General de la Nación, Dirección General de Estadística, Secretaría de Programación y Presupuesto, 1965.

5 González Casanova Henríquez, Pablo, *op. cit.*, nota 3.

marginación y del hambre,⁶ cazan como dos manos en todo el territorio nacional, al elaborarlos con distintas encuestas, censos y décadas. Esto no puede ser entonces un accidente estadístico. Todo indica que se trata de una asociación no aleatoria, no “azarosa”. El país entero, y no sólo las entidades más indígenas, es racista, o mantiene relaciones racistas que a su vez reproducen esa situación de marginación y de hambre.

2. ¿Qué tan indígena es México?

Si empleamos las definiciones, también cuantificables, de las “castas” coloniales reconocidas como tales en los cinco censos realizados en la Nueva España en los datos del Archivo General de la Nación y en otros archivos como el Histórico Diocesano de San Cristóbal, Chiapas, así como en los de Aguirre Beltrán,⁷ y asumimos que a pesar de sus múltiples sesgos, en su conjunto representan *muestras* de los pobladores de tres continentes y sus descendientes, que poblaron este país, se observa una curva exponencial pero ascendente para la población total, que además es posible continuar con los censos posteriores a la Colonia, hasta la actualidad.

Se aprecia la imposibilidad de reconocer las “castas” y los grupos “mestizos”, como tipología racista, llamados de muchas formas; ni como grupos gruesos, “indo”, “euro” y “afromestizos”⁸ por la inmensa e impredecible variación en la procedencia de su genoma.

Empero, en forma global, se constata de inmediato que:

a) los llamados “indios” tienen una predominancia en todos los censos coloniales, y se cuentan en millones; superando con creces a los llamados “no indios”, —incluidas las “castas” y desde luego a las concebidas “razas puras” que se cuentan en miles. Este último concepto, en su uso social actual en México parecería más racista, pero lo es tanto o hasta menos que el de “mestizo”, pues ambos suponen “especies” separadas y “puras”, y el último además, esconde su inmenso racismo.

Se observa asimismo que b) los llamados “mestizos”, todos juntos, describen una curva inferior a la de los “indios”. Por último, como mero

6 INI 1972; IMSS-COPLAMAR 1972.

7 Aguirre Beltrán, *op. cit.*, nota 4; Castro Aranda, Hugo, *Primer censo de la Nueva España. Censo de Revillagigedo 1790-1794*, México, Archivo General de la Nación, Dirección General de Estadística, Secretaría de Programación y Presupuesto, 1971.

8 Al reclasificarlos Aguirre Beltrán, *op. cit.*, nota 4.

ejercicio, que *b*) aun uniendo cada grupo llamado “puro” con su correspondiente “mestizo”, de nuevo los indígenas tienen un predominio considerable sobre los demás grupos. *c*) Al examinar la gráfica de las llamadas “razas puras”, se observa que los “africanos” al menos triplican o duplican a los llamados “europeos”, en cada uno de los cinco censos, desde el siglo XVI hasta el XIX. En 1810 se interrumpe su registro, al ser abolidas las “castas” por el proceso de la independencia.

Aun cuando los datos fueron recogidos con criterios sin duda racistas, se infiere que deben haber representando fenotipos evidentes en cierta medida, sobre todo los más visibles, como son los identificados como de otros continentes. De acuerdo con esta suposición general, resulta imposible obtener el “mestizaje” de 50% indígena y 50% español que se ha repetido hasta el cansancio en la educación y aún en la ciencia y la literatura nacional.

No habría modelo matemático que pudiera producir una entidad “mestiza” 50% -50% con estos datos, si consideramos “indios” en millones y “españoles” en miles. Los propios “mestizos” se mantienen a mucha distancia de los “indios” en los últimos dos siglos. Durante los siglos previos, XVII y XVIII, los “indios” representan el 70% de la población total, mientras los “africanos” alcanzan el 20% o 25% y los “europeos” el 10% o 5%, todos entre comillas. Este patrón proporcional se apega más a lo que después siguió, hasta hoy. Sería aun útil “matematizar”, todavía más, varios escenarios de velocidad de crecimiento posible, para cada grupo, tomando las salvedades evidentes. Sólo se hablaría de genoma (y no de “razas”) de tres continentes: simplemente porque las llamadas “razas” no existen —como entidades biológicas permanentes.

Posterior a la guerra de independencia, se ve un descenso tanto en la población total como en la indígena, al continuar la gráfica con los censos posteriores. No habría razón para pensar que se habría llevado a cabo el “mestizaje” idealizado o de aceptación casi general, ni que los africanos desaparecieran. La mezcla de estos grupos fue amplia, pero siempre con un predominio de los llamados “indígenas”, seguidos por los africanos.

En cuanto a la representatividad e interpretación de estos datos, sin duda es difícil interpretarlos sin vacilar.

Pero los datos locales o provinciales en —por ejemplo— el siglo XVIII, ofrecen la misma tendencia, en cada provincia; incluso el censo de Chiapas, perteneciente a la Capitanía, Audiencia y Reino de Guatemala,

se observan proporciones mayores de los llamados “indígenas” y de los llamados “africanos” que en la Nueva España en su conjunto.⁹

3. *¿Qué tan colonial es México?*

Las preguntas anteriores se relacionan con ésta. Si nuestro pueblo entero, y no sólo los *pueblos indios* (principal víctima, sin duda), fue y aún es, colonizado, y mantiene por tanto relaciones racistas que los siguen dañando, entónces suponemos e inferimos que existe aún, en forma general:

a) un proceso activo y vigente de colonización económica;

b) un proceso activo y vigente de colonización mental, ideológica, que se materializa en relaciones sociales racistas.

El proceso de colonización económica rebasa el tema de esta ponencia. Baste señalar que un pueblo que no puede resolver un problema básico como es el hambre, no es independiente ni soberano, pues eso mismo implica, habiendo recursos suficientes como es el caso —de sobra— en México. Las estadísticas de inversión extranjera —mala por su mal uso, abusivo, desigual, etcétera, no por ser extranjera— durante el siglo XX indican que el país pasó de una colonización múltiple primero de predominio europeo a otra, posterior a la Segunda Guerra Mundial de predominio norteamericano.

Se constata que este proceso creció y se acentuó recientemente, en las últimas tres décadas, mucho más de lo que observaba Jose Luis Ceceña en su libro *México en la órbita imperial*.¹⁰ Las figuras anexas muestran el cambio en las inversiones extranjeras según recopilación de dicho autor de varias fuentes y otras actualizadas, y las inversiones en ascenso y franco predominio de los Estados Unidos según el INEGI y otras fuentes.¹¹

V. DISCUSIÓN

El contexto biológico

El tema biológico, al referirse a los que llamamos “indios” y “pueblos indios”, se evita o rechaza de inmediato por la inevitable referencia

9 Polanco del Rey, fray Francisco (obispo) *et al.*, *Censo de Población de Chiapas, cartas del obispo*, México, Archivo Histórico Diocesano, San Cristóbal de las Casas, 1778-1793.

10 Ceceña, José Luis, *México en la órbita imperial*, México, Editorial El Caballito, 1970.

11 INEGI, 1990 *et al.*

al racismo. En efecto, las propias Naciones Unidas, en particular la UNESCO, han reconocido que las *razas* no son entidades “fijas”, ni permanentes, y que por lo tanto no son susceptibles de asociaciones y análisis científicos ni biológicos ni sociales que valgan la pena. De hecho, las razas son distribuciones caprichosas de genes que se han transmitido independientemente unos de otros, en el tiempo y en la geografía, de una sola humanidad originalmente dispersa. Ésa es entonces la entidad biológica virtual, la “raza”; y falaz cuando se asume y manipula.

Tanto los pueblos llamados “indios” como los hoy llamados “no indios”, han sido objeto de un segundo tipo de agresión colonial, distinta de la que sufrieron los pueblos identificados como “indios”, más sutil y menos severa: pero no en su conciencia de sí, en primer término. Es preciso distinguir ambas situaciones, y para ello se deben revisar conceptos biológicos, tanto racistas como no, aunque por esta misma razón, por el racismo, se hayan dejado de lado.

Existen empero dos asertos científicos que hacen posible ver que lo biológico redefinido explica lo que no hacen las ciencias sociales actualmente por encontrarse envueltas o atrapadas por entelequias coloniales, “conceptos-trampa”, procedentes de tiempos coloniales, que impiden el razonamiento objetivo e, irónicamente, por el mismo rechazo a todo enfoque biológico.

Examinemos estos últimos: el primero, innegable para la biología, es el de la unicidad genética del género y de la especie humana. El segundo, es que mediante conceptos biológicos no racistas es posible precisar mejor la duración de la estancia de un pueblo, y de allí derivar la duración creativa de su cultura y de su sociedad. Y esta estancia podría establecerse mediante las contribuciones continentales de genoma a lo largo de la historia humana en América.

El genoma se concibe como el conjunto del material que contiene la información, en el ácido nucléico de cada célula del cuerpo, ADN, de la estructura y múltiples funciones del ser humano en este caso. El genotipo comprende toda esa información en ADN y el fenotipo es la expresión del mismo genotipo en características físicas del ser vivo, que se hacen posibles por el paso de ADN a proteínas. Dicho genotipo es casi el mismo en toda la especie humana, y las diferencias son de fracciones en centésimas o milésimas o menos del porcentaje total, que es idéntico en todas las llamadas “razas”. El genoma equivale al conjunto de los complejos “gen-carácter”, transmitidos cada uno con independencia del otro,

por ejemplo, el color y la forma del pelo se transmiten cada uno por su cuenta *sin relación biológica alguna*.

Si un pueblo tiene un genoma distinto del que la historia colonial ha declarado que tiene, es probable que ese pueblo sea colonizado, y que haya sufrido la imposición de una identidad colonial que no corresponde a la verdadera, cualquiera que ésta sea. Igualmente será distinta la percepción del tiempo real de su estancia y de allí al tiempo de duración de su cultura. Esta relación puede ser lícito examinarla si pensamos que, en efecto, el colonialismo impuso identidades falaces para los fines de reproducir y perpetuar su dominación, y sustrajo otras, las históricas: robó y deformó la historia hasta la fecha.

Realmente puede ser interesante definir la identidad de un pueblo en tal sentido biológico “válido” (por no ser racista) en los países colonizados del mundo.

Sorprenderá encontrar más de su población “indígena” que de la “no indígena”, cuando la migración corresponda a un modelo de dominación (lo contrario, la negación de su existencia, sin duda ocurre ya con las minorías migrantes trabajadoras en los países ricos), y ello podrá inferirse del continente de origen de su genoma, tal vez mediante indicadores, pero sobre todo de las estadísticas “raciales” coloniales. Como mera curiosidad inicialmente, tal pesquisa produce una información más precisa de la historia vital, del movimiento y transcurrir físico, de un pueblo; y de su tiempo de estancia y de creación cultural.

Evidentemente no es igual declarar “tener 200 años de historia”, como hacen los australianos no “aborígenes” hoy, que tenerla milenaria, escondida y negada, pero al fin, tenerla en un continente dado (los anglo-australianos la tendrán en Europa). Claro está que el caso es absurdo, pues se tiene historia del lugar de origen o se comparte la del lugar de nacimiento (ver argumentos de Martí y de Nyerere más adelante).

Como se ha dicho, interesa también este aspecto genómico, indirecto y directo (respectivamente de la demografía histórica y la biología molecular), porque la producción y reproducción de la cultura, de la economía, de las relaciones sociales en general, depende en buena parte del tiempo de estancia de un pueblo en un sitio, de su persistencia en ese lugar.

En muchos países, en el futuro, ya no será así posible declarar que sus pueblos “tienen sólo 200 años de historia”, como se ha afirmado y asumido a menudo, incluso para el propio México, pues se reconoce que éste existe “a partir de que recorre en forma nómada y luego puebla con

asentamientos de agricultores, pueblos y urbes”; y no sólo porque “se registra en medios escritos”, o “se declara”, como en el caso de la independencia de España.

Todos los seres humanos tenemos un sólo genoma, tal vez 99.99% idéntico. Procede del África entre oriental, central y austral. Parece haber consenso entre los especialistas hasta 1999 que viene de hace entre cien y doscientos mil años, del único *homo sapiens sapiens* que poblaba la tierra, según afirma la ciencia actual. Éste se originó a su vez hace más de dos millones de años, a partir de mutantes emparentados con primates o gran antropoide conocidos como los *australopiteccus afarensis*. No había huesos de homínidos como aquellos fuera de África. Incluso nuestro genoma, afirman recientemente en la revista *Science* (1995) es 99.0% idéntico al del chimpancé en su estructura molecular. En ese 1.0% restante existe la especie humana, con su pobre conocimiento, con sus sueños y su precario y pretendido control del universo, su avance social no tan bien logrado, su evolución social todavía por verse, y la amenaza a su propia existencia como especie y de todas las especies vivientes, en el planeta azul.

A pesar de lo dicho, con las diferencias entre especies es posible demostrar la teoría de la evolución, por ejemplo, al comparar la estructura molecular de la proteína citocromo 3, cuya estructura, traducida de los ácidos nucleicos a componentes proteicos (aminoácidos) permite distinguir distancias entre —por ejemplo— un cangrejo, un perro y un hombre.

Las llamadas “razas”, en cualquier especie, no son entidades biológicas permanentes. Esto no sólo lo sabe hoy la biología molecular moderna, sino lo sabía ya la más sencilla genética de Gregorio Mendel, “padre” de esa ciencia, mientras trabajaba con chícharos y flores, mezclándolas o fecundándolas en el jardín de su monasterio. Una de las leyes de Gregorio Mendel es la “independencia de la transmisión de los complejos gen-carácter”: conocimiento que requiere meditar —aun— mucho hoy, incluso en los medios científicos más serios o de mayor desarrollo técnico en los países ricos industrializados y en los pobres, dependientes y neocolonizados.

El descubrimiento de Watson y Crick —en 1953— de la estructura de doble hélice del ácido desoxirribonucleico, ADN, donde se almacena codificada en bases nitrogenadas toda la información de cómo se autoconstruye desde un virus hasta la ballena azul, pasando por el ser humano, revolucionó la genética e hizo posible pensar en las “razas” de otra manera. Pero el avance de la ciencia no corresponde al de la conciencia

social. Aún hoy se publican trabajos en revistas científicas serias que pretenden haber encontrado alguna relación biológica, psicológica o social con determinada “raza”.

Por ignorancia, y algo (o mucho) de racismo, algunos científicos buscan la relación por ejemplo, entre cierta “raza” y el colesterol o el cociente intelectual. Esto se publica a pesar de ser errado y racista, tal vez en cuanto se refiera a grupos sociales en determinado sitio del mundo, pero sólo en contextos geográficos “pequeños”. Pero se trata de una aberración científica racista en el propio medio científico biológico y social, pues en una misma ciudad la diversidad es inmensa. Por la ley citada de Mendel no se pueden atribuir a las llamadas “razas” humanas ni a otras, características o atributos biológicos fijos, ni una existencia separada real, como a las especies. Porque al ser caprichos de la distribución del genoma humano en el tiempo y el espacio, cambian no sólo de un continente a otro, sino en cada país, localidad y hasta cuadra. La historia no distinguió esto y el racismo que conocemos hoy, inventado en el siglo XVI para América, condenó a pueblos enteros a la discriminación y al hambre.

Se parte de la idea de que estos conceptos fueron sesgándose en una historia ideológica con una inmensa dialéctica, una historia alienante, que va desde el colonialismo hasta el liberalismo del siglo pasado según Luis Villoro.¹²

Ésta en el caso de los “pueblos indios” de México creó e hizo creer en entelequias como el “mestizaje” que se aceptan hoy a pie juntillas sin tenerse prueba de que son lo que son. Y no sólo se aceptan, sino son piedra angular del control ideológico de nuestro pueblo llamado “no indígena”. Se reproducen como parte de la violencia y la autoviolencia colonial contra los pueblos “indios” y los también llamados pueblos “mestizos”.

VI. PRIMERA HIPÓTESIS

Los pueblos indios de México forman parte de un pueblo mayor que es también básicamente *indio o indígena*, y que se encuentra colonizado en su identidad y neocolonizado en todo lo que esto implica. El neocolonialismo se definió en la *Conferencia de Todos los Pueblos de África*, llevada a cabo en El Cairo en 1960, como:

12 Villoro, Luis, *Los grandes momentos del indigenismo en México*, México, Secretaría de Educación Pública CIESAS, 1987, Colección Lecturas Mexicanas, núm. 103. El Colegio de México, 1950.

“La supervivencia del sistema colonial a pesar del reconocimiento formal de la independencia en los países emergentes, los que pasan a ser víctimas de una forma indirecta y sutil de dominación mediante medios políticos, económicos, sociales, militares y técnicos”.¹³

En América, el espejismo colonial de la conciencia “blanca”, “criolla” y “mestiza” contra la “indígena” y “negra”, todas palabras e ideaciones racistas coloniales, que existieron (y a veces dejaron de existir) también, por ejemplo, en África, se extendió al continente entero, desde Canadá hasta Chile.

El “espejo enterrado”¹⁴ ibérico de identidad llamada criolla y mestiza, se impuso mediante la violencia colonial física; pero luego también principalmente mediante la mental, ideológica, espiritual, emocional, educativa, etcétera.

Esta violencia se materializa en el racismo, la discriminación, la exclusión y la miseria económica, y es igualmente social y cultural. Se aprecia muy bien en el citado libro *Los grandes momentos del indigenismo en México* de Luis Villoro.¹⁵

En África, Asia y América, la guerra colonial de los invasores ibéricos era en apariencia más destructiva culturalmente que la de los invasores anglosajones. Esta última se evidenciaba a su vez como más visiblemente racista y generadora de relaciones sociales de separación, desde el Mississippi hasta el Apartheid. El Apartheid se inventó en el río Mississippi, no en Pretoria, dice un historiador cubano según Luciano Franco.¹⁶

VII. SEGUNDA HIPÓTESIS

1. Una defensa verdadera, plena o íntegra de los derechos de los pueblos indios pasa inevitablemente también por el reconocimiento de la *condición colonial* (a menudo llamada *neocolonial* pero en sí simplemente *colonial*) no sólo de esos pueblos llamados *indios* sino de los todos los demás al sur del Río Bravo en la masa continental. Me refiero a los pueblos llamados “no indios”, y por lo tanto, de las naciones enteras de

13 Leys, W., *Underdevelopment in Kenya*, Londres, Heinemann, 1985.

14 Cfr. con el de Carlos Fuentes.

15 Villoro, *op. cit.*, nota 14, 1950.

16 Franco, Luciano, *Relaciones cubano-mexicanas*, La Habana, Editorial Casa de Las Américas, 1987.

América Latina excepto Cuba. Todo ello a su vez, sin duda, implica reconocer que nuestros países viven todavía como colonias efectivas, si bien no tan visible y directamente como las conocidas durante el colonialismo histórico directo.

Siendo el mecanismo ahora infinitamente más sutil, afecta a ambos casos: ambos tipos o fracciones de pueblos, parte de un mismo pueblo, si bien efectivamente bajo distintas condiciones, que siguen bajo el coloniaje; unos, habiendo perdido la vida digna físicamente, no sólo en la vida económica; otros, hasta la dignidad. Esta segunda tesis, la de que vivimos “en la órbita imperial”, y que “la conquista continúa”, la han intentado demostrar respectivamente los profesores citados¹⁷ y muchos más. Tal vez no merece más prueba.

2. El reconocimiento “del otro” *también colonizado*: un reconocimiento recíproco para la independencia nacional.

Si nuestro país reconociera su historia en una identidad india o “indígena” mas allá de la retórica oficial y lo hiciera desmantelando un sistema racista, incluso de coloración de la piel que se puede observar, por ejemplo, en los sistemas de poder y de información, esto podría significar tal vez que habría recobrado su independencia. Reemplazaría a sus burócratas y funcionarios neocoloniales, incluso a sus intelectuales orgánicos al sistema de dominación, por otros orgánicos a su pueblo y a su historia.¹⁸ y volvería a la gesta emancipadora y a la revolución como continuidad de ésta. Haría lo que declaró e hizo José María Morelos: no confiar en ricos ni empleados, repartiendo la mitad del dinero entre los pobres y la otra mitad para la caja militar.

Algo empieza a ocurrir en esta tierra de Zapata a de Villa. Irónicamente, al reconocerse, dentro de un movimiento indio en todos los sentidos aceptado, la universalidad de lo humano, que no la del “mestizaje”, palabra colonial, se sublima ese sentimiento que sólo puede ser de afecto a la humanidad entera, y de repudio a todo sistema colonial. Se distingue así la confusión deliberada a la que recurren los apologistas del “mestizaje”: es deseable la universalidad, pero no la imposición de categorías discriminatorias coloniales como dicha apologética.

3. La independencia nacional y las autonomías indias: un reforzamiento también mutuo.

17 Ceceña, José Luis, *op. cit.*, nota 12; Shomsky, Noam, *The Conquest Continues*, Boston, South End Press, 1996.

18 *Cfr.* Vargas Llosa vs. Mariátegui.

La entelequia “mestiza” durante quinientos cuatro años ha representado la autonegación del pueblo de esta parte del mundo. Al autonegarse, se sustrajo también de la historia que agreden el “criollo” y el “mestizo” en el “indio”, pero también en el propio autoconcebido “mestizo”. Se volvió agresor colonial y autoagredido inconciente y conciente.

Se aprecia la imposibilidad del ser y del hacer. Si mi historia ya en pleno siglo XIX debo pensarla y dibujarla a imagen y semejanza penosa con la Metrópoli, poco o nada puedo hacer. La historia de mi pueblo tiene unos siglos; la de mi país ya independiente apenas menos de dos. Olvido todo lo anterior, lo niego o lo asocio con los llamados indios, y en ellos lo niego también. Los esclavos no pueden crear, dice Walter Rodney en su libro *De cómo Europa subdesarrolló a África*.¹⁹

Se aprecia que la verdadera independencia nacional es la posibilidad del hacer. Si puedo hacer, puedo prevenir lo más elemental, como por ejemplo, el hambre, la enfermedad, etcétera, aún en el país mas pobre.

Si me permiten ser independiente, desde luego; si no, he perdido la posibilidad de serlo históricamente, durante siglos, de desarrollarme. Si no puedo, realmente no soy como nacional quien controla mi país, y éste no es independiente. Regla similar se aplica a los pueblos indios históricos. En cuanto les ha sido posible, han tenido siempre autonomía, particularmente la espiritual, que es sustancia material en la práctica social, en las relaciones de vida y de trabajo.

La autonomía de los pueblos indios actuales en México no es un permiso que deben pedirle al gobierno, sino un derecho humano elemental colectivo que han tenido siempre, pues si no, no existirían. El Estado debe apoyar todas las nuevas formas de autonomía verdadera, y debe prever no sólo la legislación, sino el apoyo con recursos y presupuesto municipal, regional y nacional. Esto lo haría un Estado soberano. Se llega al límite de la posibilidad de hacer.

El caso de la autonomía universitaria se parece. Como producto de la Revolución mexicana, continuidad de la independencia en sus vertientes populares y dialécticamente, en las burguesas, en este país ha existido y existe la autonomía no sólo del pensamiento y praxis en las universidades, sino como proyecto político.

19 Rodney, Walter, *De cómo Europa subdesarrolló a África*, México, Siglo XXI Editores, 1982.

Este proyecto político en cierto momento del Estado semisoberano se hizo posible; y en cada individuo cometido se hace y rehace en el campo y en la ciudad, especialmente en la universidad.

Los pueblos indios, que han mantenido su autonomía como voluntad irrenunciable (si no, no existirían ya) deben exigir el derecho al apoyo de su autonomía con el presupuesto federal y estatal procedente del pueblo mismo.

Ello debería ocurrir una vez que el Estado, las cámaras y gobierno en turno, o el que sigue en el año 2000, reconozcan los Acuerdos de San Andrés Sakamchen de los pobres y pasen a su legislación e implementación de políticas federales hasta municipales y regionales de las autonomías verdaderas de los pueblos. Pero tal paso por el contrario se está negando y confrontando el 1999 con municipios espurios manipulados en el caso de Chiapas.

La “alternativa” es en efecto colonialista, y se prepara ya: es desde luego someter mas aún, no sólo a los pueblos indios sino al país entero. Proyecto a la vista, instalado y en marcha, llamado “neoliberal” y “globalizador”.

4. Los pueblos indios y los demás millones de habitantes de México: la falacia colonialista-racista del “mestizaje”. El mestizaje es un concepto racista, no sólo porque asume la existencia de “razas puras”, sino por su uso social pasado y actual. La pertenencia a un pueblo histórico, en su continuidad humana, desde como mancha génica que se dispersa en el continente en la flecha del tiempo, hasta como cultura y como sociedad, debe estudiarse desde el ángulo del mejor pensamiento de la independencia y de la libertad posibles, y también del de las ciencias biológicas bien entendidas.

Terminaré con los procesos que he conocido de la independencia nacional en África y en América y los del socialismo verdadero en todas partes, no del “real”.

Como la autonomía, la independencia es una voluntad colectiva anti-dominadora, en primer lugar, emancipadora del poder hacer. Mencionaré dos casos para intentar esclarecer el concepto de la identidad en relación con la independencia nacional:

1. *El argumento de Martí*. Para José Martí, nacido en América, de padres españoles, él sí, las raíces estaban aquí, en América, antes que “en los arcontes de Grecia” (que también debían conocerse). Su lucha política y militar contra la dominación española expresa su consecuencia. Ésta

lo llevó rápidamente a la muerte, pero impulsó a Cuba lentamente a la independencia. Esto rige tanto para aquella tardía para América como para ésta más reciente y única siempre, en este continente. Martí no se preocupaba por las identidades étnicas chovinistas y manipuladas, sino por la independencia de su pueblo. Cuba reescribe su historia y Fidel Castro declara que “sólo ha habido una revolución”. La lucha continúa también allí, entre cambios únicos y relaciones sociales de siglos que se resisten a cambiar, pero han cambiado; y existe ya, y sigue muy viva.

2. *El argumento de Nyerere*. Para Julius Nyerere, dirigente de la Independencia de Tanzania, y también apoyo de la de una cadena de repúblicas nuevas después de aquella: “quien nace en un lugar, es de ese lugar.”

Nyerere escribe y declara que “no puedo negar que Botha, el racista sudafricano, es africano”. Dentro del socialismo africano, sinónimo de la independencia, reconoce a todo habitante nacido allá como africano.

Lo mismo que ocurre con el TANU (Tanzania Africa National Union) ocurre luego en múltiples movimientos y procesos de la independencia: KANU (Kenya), ZANU (Zimbabwe), MPLA (Angola), FRELIMO (Mozambique), PAIGC (Guinea Bissau), etcétera. Son africanos pero no son racistas. Son independentistas pero tampoco son burgueses en su origen, sin falsos nacionalismos chovinistas. Tienen el enojo explicable contra el colonialismo, pero siempre una inmensa generosidad y capacidad de perdón al ver vencidos a sus enemigos.

Buscan su razón en su pueblo, se nutren de él, son el pueblo. Son, efectivamente, movimientos del pueblo pobre de África: son los pobres, los explotados los que hacen la lucha de la independencia y la consolidan. En Tanzania, por ejemplo, escriben todos los libros en la lengua Kiswahili, incluidos los de física atómica o relativista o los de literatura y arte. También, en cada lengua nacional, y prefieren, aunque cueste más, hacerlos bilingües con la lengua colonial para que la población tenga acceso a ambos mundos, a todos los mundos. Construyen todo, las escuelas, los centros de salud, los edificios políticos y de ladrillos.

3. *El argumento del Samora Machel Frelimo*. Elige la lengua portuguesa como lengua nacional porque no hay una que cubra todo el país, y pretende conservar la unidad nacional. Pero es uno de los movimientos más autónomos porque recibe el país sin condiciones al huir los portugueses en el mismo año que Vietnam vence a Estados Unidos y lo distrae. Igualmente ocurre esto en Angola, Cabo Verde, Guinea Bissau, Santo Tomás y Príncipe. Todos estos países declaran e intentan el socialismo, incluso

con apoyo del entonces “real”. Los africanos comparten sus enunciados propios. “Independencia o muerte!”, “A luta continúa!”, “Venceremos!”, que en portugués suenan igual que en español.

Los pueblos logran avances inimaginados en el continente y el país más pobre del mundo y en cada uno de los demás cincuenta y cinco países de África. FRELIMO declara: “el enemigo no tiene color”. El enemigo de la independencia, del desarrollo verdadero, de la paz justa y digna. No hay planteamiento étnico, ni “mestizo” ni “negro”. Los que sí lo tienen son los “bandidos” contrarrevolucionarios, auspiciados y armados hasta los dientes por las potencias colonialistas. Se vuelve a escribir la historia de África desde su raíz.

4. *El argumento de Nelson Mandela*. El último ejemplo es la Sudáfrica del Congreso Nacional Africano y de Nelson Mandela. Era el último país en que parecía posible cambiar, del sistema más racista del “Apartheid”. El gobierno del CNA ganó en los ochenta, y es un gobierno de la independencia, aunque ésta la habían declarado los racistas siglos atrás. No es racista inverso, es solamente africano. No distingue colores, religiones, ni géneros, pero apoya a las distintas culturas y pueblos nacionales y la liberación de la mujer. Ofrece al rey Zulu compartir el poder y lo hace. Su ingeniería imaginaria es tan rica como la del resto de África, y escapa la declaración vacía y al manual dogmático.

5. *El argumento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN)*. El EZLN se parece mucho a los movimientos de la independencia de África. Contiene un discurso y una práctica *anticoloniales*, y como ellos, *va más allá*. Por eso interesa a todos los pueblos del mundo: tiene un segundo mensaje, que es el de la humanidad. En la fase más abyecta de la nueva política neoliberal que parecía haberse instalado para siempre con la caída del bloque socialista real y los fuertes golpes asestados a los procesos de la independencia en todo el mundo, recupera el valor humano de la razón. Igualmente recupera la voz y la razón de la historia. Su vocero, el subcomandante insurgente Marcos, siendo de facto o realmente “sub”, dependiente del Comité Clandestino Revolucionario Indígena, CCRI, habla con la voz y sintáxis indígena, y se ha vuelto eso mismo, indígena. Pero el mensaje universal de los indígenas del suroriente de México se ha escuchado ya en todas partes, y despierta simpatía, interés y esperanza. Mientras más difícil e invencible aparenta ser el proyecto “cuasirromano”, imperial, de la actualidad, es cierto que no puede escapar a enfrentarse con la realidad. En la Realidad, poblado tojolabal en

resistencia, no es invencible: no refiriéndonos a esa localidad chiapaneca continuamente hostigada, sino a la realidad del mundo. El argumento del EZLN me parece se da en su práctica. De “los más pequeños”, los pueblos indios, reaparece la esperanza. De su voz e historia y de “mandar obedeciendo”. La descolonización mental como conciencia de lo humano es el primer paso para la respiración de los pueblos. La rehumanización universal se presenta como imperativo que la humanidad entera, inspirada en esos pobres de la tierra, y debe lograrse antes de que se amenace más la vida en la tierra. Esto ocurrirá en los primeros años del siglo XXI. Se derrumbará el colonialismo global.

VIII. BIBLIOGRAFÍA

- AGUIRRE BELTRÁN, Gonzálo, *La población negra de México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1970.
- CASTRO ARANDA, Hugo, *Primer Censo de la Nueva España. Censo de Revillagigedo 1790-1794*, México, Archivo General de la Nación. Dirección General de Estadística, Secretaría de Programación y Presupuesto, 1965.
- CECEÑA, José Luis, *México en la órbita imperial*, México, Editorial El Caballito, 1970.
- CHÁVEZ VILLASANA, Adolfo; PÉREZ HIDALGO, Herlinda Madrigal, *et al.*, *Encuestas nacionales de nutrición*. México, Instituto Nacional de la Nutrición, 1969 y 1979.
- CHOMSKY, Noam, *The Conquest Continues*, Boston, South End Press, 1996.
- , *Lo que verdaderamente quiere el tío Sam*, México, Siglo XXI Editores, 1996.
- FRANCO, Luciano, *Relaciones cubano-mexicanas*, La Habana, Editorial Casa de Las Américas, 1987.
- LEYS, W., *Underdevelopment in Kenya*, Londres, Heinemann, 1985.
- GONZÁLEZ CASANOVA HENRÍQUEZ, Pablo, *Curso: Epidemiología crítica*, México, UNAM, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Maestría en Sociología, 1978 (inédito).
- , *Historia del hambre en México*, México, Instituto Nacional de la Nutrición, vol. 1, 1988.

- , “Todos somos indios”, *México, un país mas indígena con un racismo colonial (proyecciones de población y correlaciones entre desnutrición, marginación e indianidad)*, Revista CIHMECH, San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, CIHMECH-UNAM, 1996, vol. 3, núms. 1 y 2.
- GONZÁLEZ CASANOVA DEL VALLE, Pablo O., *Colonialismo global*, Río de Janeiro, Editorial Civilizaçao Brasileira, 1996.
- INI, *Regiones indígenas*, México, Mapa del Instituto Nacional Indigenista, 1970.
- MARCUSE, Herbert *et al.*, *Ecología y revolución*, Buenos Aires, Editorial Líneas, 1970.
- MATTELART, Armand, *Comunicación-mundo*, México, Siglo XXI Editores, 1996.
- OIT, *Declaración Convenio de la OIT 169/89 de los derechos de los pueblos indígenas*, Roma, Organización Internacional del Trabajo, 1989.
- ONU, *El derecho a la autodeterminación: desarrollo histórico y actual sobre la base de instrumentos de las Naciones Unidas*, Nueva York, Naciones Unidas, 1981.
- POLANCO DEL REY, fray Francisco (obispo) *et al.*, *Censo de Población de Chiapas, cartas del obispo*, México, Archivo Histórico Diocesano, San Cristóbal de Las Casas, 1778-1793.
- RODNEY, Walter, *De cómo Europa subdesarrolló a África*, México, Siglo XXI Editores, 1982.
- VILLORO, Luis, *Los grandes momentos del indigenismo en México*, México, Secretaría de Educación Pública CIESAS 1987, Colección Lecturas Mexicanas, núm. 103; El Colegio de México, 1950.